

CLAUDIO DE LA TORRE

HA LLEGADO
EL BARRANCO

(CASI UNA TRAGEDIA)

ST

BIG

3713

A DE LAS ISLAS

E IV—VOL. III

PALMAS

CMXXVII

Para Saulo, antecedente
de este teatro regional,
que yo le doy en secreto
y con un abrazo -

Cleudio.

Estreno de "Vic-Tac", 1930

**BIBLIOTECA
SAULO TORON**

OBRAS DEL AUTOR

- El canto diverso (poemas). . . 1918
- La huella perdida (cuentos) . . . 1920
- En la vida del Sr. Alegre (novela). Premio nacional de Literatura. 1924
- Un héroe contemporáneo (comedia en tres actos) . . . 1926
- Ha llegado el barranco (casi una tragedia) 1927

BIBLIOTECA DE LAS ISLAS

VOLÚMENES PUBLICADOS:

Serie I. vol. X.—F. Delgado, **ÍNDICE DE LAS HORAS FELICES.**

Serie II. vol. I.—Fray Lesco, **CIUDAD FUTURA.**

vol. II.—L. Benítez Inglott, **INSTITUCIONES PRIMITIVAS DEL DERECHO EN GRAN CANARIA.**

Serie III. vol. III. — J. Rodríguez Doreste, **BOSQUEJO DE LA PINTURA DEL SIGLO XX.**
(agotado)

Serie IV. vol. III.—Claudio de la Torre, **HA LLEGADO EL BARRANCO.**

CLAUDIO DE LA TORRE

HA LLEGADO
EL BARRANCO
(CASI UNA TRAGEDIA)

BIBLIOTECA DE LAS ISLAS

SERIE IV—VOL. III

LAS PALMAS

MCMXXVII

**Es propiedad. Reservados todos
los derechos que marca la ley.**

Imp. ISLAS, P. Galdós 22, L. Palmas (Canarias).

HA LLEGADO
EL BARRANCO

PERSONAS

Justita

La del Yeoward

Maestro Abel

Don Eladio

Pancho Viera

ESCENA ÚNICA

(Sobre la cúpula de un campanario de la Catedral de Las Palmas, rodeados de aguas turbulentas, Justita y maestro Abel se sostienen como pueden. Expresiones de naufragos. Maestro Abel examina las piedras de la cúpula. Justita atiende con ansiedad.)

Justita.—¿Descubre algo, señor?

Maestro Abel.—Si no me engaño,
estamos sobre la Catedral.

Justita.—¿Qué dice, cristiano?

Maestro Abel.—En la mesmita punta de la torre.

Justita.—¡Jesús me valga! ¡Fíjese bien, señor!

Maestro Abel.—Ya me fijo, señora. Estas piedras son de la *suidad*, no hay más que verlas: labraditas y todo.

Justita.—Virgen María, ¿qué va a ser de mí?

Maestro Abel.—De mí no se preocupe señora.

Justita.—¡Cinco hijos que tenía y se los llevó el barranco!

Maestro Abel.—Por eso no llore: ya los volverá a encontrar. Aquí nos *ajogamos toítos*.

Justita.—¡Madre de los Desamparados, no nos abandones!

Maestro Abel.—*Toítos pa* las plataneras.

Justita.—

(cambiando de voz, airadamente)

¡Qué plantaneras ni que ocho cuartos, si no ha quedado una con esta barranquera! ¡El demonio del viejo!

(Volviendo a llorar)

¡Medio cercado tenía también esta Justita y que pronto lo ha *perdió!*

Maestro Abel. — ¡Medio cercado!
¿Enonde?

Justita. — Y agua de la heredad condenada, y abonos todos los años.

Maestro Abel. —

(procurando estirarse sus ropas mojadas)

¿Viuda?

Justita. — Sin *mario*, señor, sin *mario*, que es lo mismo... Con cinco hijos hermosos, tan *crecíos* como las plataneras. ¡Qué desgracia para esta madre! Y todo por culpa de los condenados ingleses que han querido *ajogar* a los *probes*.

Maestro Abel. — No crea en brujas, señora; mire que se lo dice un buen cristiano.

Justita. — Lo he visto, lo he visto con mis propios ojos...

Maestro Abel. — Mire señora: yo vengo de San Mateo *montao*

en una tabla y no he oído otra cosa por *tóo* el camino. Y no lo creo, comadre. ¡La gente es muy *endina!*

Justita.—Ni comadre ni compadre: ellos, ellos han sido los muy perros. Que si el Municipio, que si los *contaores...* ¿Que quieren el agua de balde? Pues ahí la tienen *toíta...*

Maestro Abel.—*Enfundios, enfundios:* los ingleses no malgastan nada. Son muy *apañaitos.*

Justita.—Así se *ajoguen* *tóos...*

La del Yeoward.—

(asomando su cara de miope, extraordinaria, por detrás de la cúpula)

Mujer, ¿usted que decir?

Justita.—

(a punto de caer al agua)

¡Santo Dios: la *absolusión!*

Maestro Abel.—

(por la inglesa)

¡Jinojo! ¿Qué bicho es este?

La del Yeoward.—Bicho... ¿qué decir usted también?

Maestro Abel.—¿De donde sale, cristiana?

La del Yeoward.—Usted no importarle.

Justita.—

(recobrándose)

Creí que era la muerte mismita.

La del Yeoward.—Tha's very unkind.

Maestro Abel.—¡Pues no salgo de mi asombro, caracho! ¿Por donde habrá venido este diablo?

La del Yeoward.—Yo no venir. Yo estaba dejada aquí por la guía. Yo no gustarme el ascensor sobre la otra torre. Sube y baja, cualquier día es parado. Yo prefiero mis muslos.

Justita.—¡Jesús, María y José!

Maestro Abel.—Las piernas, comadre, no se asuste: estas inglesas no *diferencian*.

Justita.—¿Inglesa ha dicho? Repítame-
melo...

Maestro Abel.—Por el *móo* de ha-
blar, de por ahí.

Justita.—¿Está seguro? Mire que en
la *suidad* se habla de otra ma-
nera...

La del Yeoward.—Yo ser inglesa:
venir esta mañana sobre el
Yeoward.

Justita.—¡Pues reza por tu alma,
condenada! ¡Ahora mismito
vas al agual!

La del Yeoward.—Ella está loca.

Maestro Abel.—

(sujetando la furia de Justita)

¡Comadre, señora: tenga juicio!

La del Yeoward.—Juicio, si. Ella no
tener maneras.

Justita.—¿Que no tengo maneras de
sambullirte? ¡Ahora verás!

Maestro Abel.—

(forcejeando por dominarla)

Señora, que se pierde: mire que

está cerca el Cuartelillo, si la oyen gritar.

Justita.—¡Déjeme que la tire, cristiano: que se trague *toíta* el agua de los suyos!

(En uno de los movimientos, Justita cae al agua.)

¡Muerta soy!

Maestro Abel.—

(Se quita la faja, rápidamente, y la tira un extremo a Justita, que lo agarra manoteando.)

¿Lo ve, comadre? Aquí no se puede jugar.

La del Yeoward.—

(haciendo ademán de detener la escena)

¡Un momento! Un solo momento por preparar mi Kodak.

(Maestro Abel suspende el rescate, sorprendido).

Justita.—¡Rayos! ¿Por qué no *jala*?

Maestro Abel.—

(por la inglesa, intrigado)

¡Esta diabla..!

La del Yeoward.—

(disparando su Kodak rutilante)

So. Ahora veremos si es luz

bastante. Usted será amable de darme su dirección y yo enviarle una copia de Londres.

Maestro Abel.—

(asombrado)

¡Rejinojol

(El rescate se reanuda)

Justita.—¡Pero, *jale* condenado! ¿Se cree que está pescando *fulas*?
¡Tire con bríos!

Maestro Abel.—*Espacito*, comadre, *espacito*; que mis huesos los tengo *pasaos* por la *ruma*.

Justita.—

(a la del Yeoward)

¡Eche una mano aunque sea inglesal! ¿No ve como se *ajoga* una cristiana?

(La del Yeoward da la vuelta a la cúpula y pasa al primer término ayudando en la faena a maestro Abel. Justita queda en salvo, chorreando y sentada sobre el borde de piedra.)

Maestro Abel.—¡Valiente remojón!

Justita.—Y muy agradecida que le quedo. ¿Cuál es su gracia?

Maestro Abel.—Maestro Abel, *pa* servirle. ¿Y la suya, si *puée* ser? Justita.—Justita me llaman. Más reconocida, ni la *Madalena* a Nuestro Señor.

Don Eladio.—

(Canónigo orondo. Surge, también, por detrás de la cúpula.)

¿Qué disparate es ese?

Maestro Abel.—

(aterrado, con gran temblor de piernas)

¡El demonio..! ¡El demonio..!

Justita.—¡Qué demonio si es don Eladio!

Maestro Abel.—

(serenándose)

El demonio del cura... ¡Buen susto me ha dado!

La del Yeoward.—¡Oh, un cura...! Un momento, solo un momento por preparar mi Kodak.

Justita.—¡No se deje apuntar, Don Eladio, que lo que quiere es *ajogarle!*

Don Eladio.—Pero, ¿qué gritos son esos? ¿Han olvidado ustedes el respeto?

(a la del Yeoward)

Señora, aunque usted sea una hereje, me permito recordarle que estamos en un templo.

(Por la Kodak)

Guarde usted esa porquería.

La del Yeoward.—¡Oh, la guía me dijo que estaba permitido..!

Don Eladio.—Las guías no dicen una verdad: lo sabe todo el mundo.

La del Yeoward.—¡Oh!

Don Eladio.—Conque más compostura, a ver si puedo terminar mis cantos. ¡Bonitas horas de llegar el barranco! Si me coje en un calderón me deja en el coro.

(Desaparece detrás de la cúpula y comienzan a oírse sus cantos de entonación solemne, grave.)

La del Yeoward.—

(a maestro Abel, por Don Eladio)

¿Usted cree que será oído? ¿Nos salvaremos antes que llegar el otro Yeoward?

Maestro Abel.—

(ruborizado)

Señora, no diga eso. ¡En este sitio, si la oye Don Eladio!

Justita. — Mejor pudieran callarse, que ni los cantos se oyen. ¡A ver si Dios se apiada de nosotros!

Maestro Abel.—

(después de un silencio, en el que los cantos se han hecho más fúnebres, haciendo de visera con la mano para mirar a larga distancia)

No se ve ni una tartana.

Justita.— ¡Que se ha de ver, hombre de Dios, si *toas* estaban *pa* San Cristóbal!

Maestro Abel.—

(desorientado)

¿*Pa* donde queda San Cristóbal?

Justita.—¡Cualquiera lo sabe en este
maremanum!

Maestro Abel.—Y el Casino, ¿pa
que *lao* quedaba?

Justita.—Hundídito estará allá aba-
jo con sus señores de medio
bollo.

Maestro Abel.—¡Cuanto entierro de
lujo!

Justita.—¡Mis hijos de mi alma, que
ni confesión tuvieron!

Don Eladio.—

(surge de nuevo interrumpiendo sus cantos)

Pues todos al Infierno.

Justita.—¡Don Eladio de mi alma,
no me lo digal!

Don Eladio.—¡Y a ver si se callan
que estoy en el coro!

(Vuelve a desaparecer y continúa sus cantos)

Justita.—¡Cinco hijos tenía y todos
al Infierno!

Maestro Abel.—No se apure, Justi-
ta; *tóo* tiene remedio.

Justita.—¿Qué remedio, hermanito?

Maestro Abel.—Una mujer como usted, jóven *toavía*, aún puede tener más hijos... *pal* Cielo.

Justita.—¿Qué dice?

Maestro Abel.—Digo que un hombre, así de sus años, no mal *pareció*, que la quiera como Dios manda...

Justita.—¡Indecente!

La del Yeoward.—¡Oh, un flirt!

Maestro Abel.—Piénselo, Justita: yo nada le digo.

(Maestro Abel, con aire de tenorio, vuelve a estirarse sus ropas. Justita lo mira a hurtadillas, con coquetería.)

La del Yeoward.—

(alarmada)

¡Oh!

(Desaparece, dignamente, por detrás de la cúpula. Los cantos de Don Eladio se interrumpen.)

Maestro Abel.—Porque el caso es, Justita, que vamos *queando* pocos. A lo que parece, Don

Eladio y yo. Conque decídase,
si le conviene.

Justita. — La verdad es que Don
Eladio...

Maestro Abel. — A mi no me haga
caso: lo que le convenga y *náa*
más que lo que le convenga.

La voz de Pancho Viera. —

(como un pregón, lejos)

¿Quién se eleva?

Justita. — ¡San Blas bendito! ¿Qué
voces son esas?

Don Eladio y la del Yeoward. —

(apareciendo a un tiempo)

¿Quién llama?

La voz de Pancho Viera. —

(más cerca)

¡Vamolós!

Maestro Abel. — ¡Jinojo, pues es ver-
dad!

Don Eladio. —

(respondiendo a la voz)

¡Por aquí! ¡Por aquí!

Pancho Viera.—

(aparece navegando, con un volante de auto-
móvil entre las manos, hasta chocar con la cúpula).

¡A-p-a-r-e!

(Desde el agua tranquilamente)

¿No hay quien se eleve?

La del Yeoward.—¡Oh, ser muy in-
teresante! Esto es un *guaguáu*...

Pancho Viera.—Esta es la guagua
de Pancho Viera que no la
junde ni el Diluvio.

Don Eladio.—¡Blásfemo!

Pancho Viera.—Y que lo diga. Na-
vegando me llevo *toa* la maña-
na. De esta vez me compro un
Buick. ¿Quién se eleva?

La del Yeoward.—¿Dónde ir su
guaguáu?

Pancho Viera.—*Pa* donde quiera. Se
han *terminao* los *caláveres*.

La del Yeoward.—Yo ser pasajera
del Yeoward.

Pancho Viera.—Pues andando, el
barco está *pa* San Mateo.

Maestro Abel.—¿*Pa* San Mateo?

Pancho Viera.—Subió por la carretera a recoger los turistas.

Maestro Abel.—¡Mi madre!

Pancho Viera.—Conque, ¿quien mas viene *pal* Yeoward?

Justita.—*Toítos, toítos...*

La del Yeoward.—¡Oh, no!

Justita.—¡*Miá su merse*: que nos vamos a quedar en estas condenadas piedras!

Don Eladio.—

(escandalizado)

¡Condenadas! ¡Oh..! ¡Anatema est, anatema sic! ¡Dominus vobiscum!

Maestro Abel.—

(cogiéndole una mano a Justita)

Oiga, señor: échese eso *pa* aca.

Don Eladio.—¿Qué dice ese bárbaro?

Maestro Abel.—A ver si aprovecha-

mos los latines. Esta y yo queremos casarnos, ¿verdad?

(Justita asiente bajando los ojos)

Don Eladio.—Se necesita descaro... ¡Nada menos que una boda, en la Catedral!

Maestro Abel.—Mire, no hace falta nada. Aquí está lo preciso: el cura, los novios, los testigos, el coche *pal Monte*...

La del Yeoward.—¡Oh, sí! Un romántico recuerdo dentro de mi Kodak.

Don Eladio.—

(a maestro Abel)

¡No hace falta nada! ¡Quítese-me delante!

(Maestro Abel, Justita y la del Yeoward entran pesarosos en la guagua imaginaria, hundidos en el agua hasta la mitad.)

Pancho Viera.—Echeles la bendición, no se ponga *asina*.

Don Eladio.—

(siempre refunfuñando)

¡No hace falta nada..!

(Pero al tiempo de entrar en la guagua pone un pié en falso y cae al agua.)

Pancho Viera.—

(sacándolo a pulso por el alzacuello)

No hace falta nada, señor: ni el agua bendita.

(La guagua se pone en marcha y se desaparece al grito de Pancho Viera: ¿QUIÉN SE ELEVA?)

TELÓN.

